Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

VANIDAD DE VANIDADES
y todo vanidad

No améis al mundo ni lo que hay
en el mundo (1 Jn. 2,15)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN: 84.7770-529-1
D.L. Gr. 1.200-2000
Impreso en Azahara
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

El título de este libro son las palabras del comienzo de otro, el sagrado del Eclesiastés, atribuídas al rey Salomón, el cual un día dijo: *"Miré cuanto habían hecho mis manos y todos los afanes que al hacerlo tuve y vi que todo era vanidad"* (2,11).

Este rey sabio, después de volver su memoria y pensamiento sobre jardines y fuentes, sobre riquezas y tesoros, sobre el oro y la plata y piedras preciosas acumuladas, que había tenido con tanta abundancia, más que todos los reyes de la tierra..., vio que todo era vanidad y apacentarse de viento, y así exclamó: *"Vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre de todo por cuanto se afana debajo del sol"* (Ecl. 1,2-3).

Vanidad significa cosa vana, cosa inútil, cosa que se desvanece y no tiene valor alguno con relación a lo eterno. Vanidad es amar todas estas cosas terrenas que pasan con el tiempo, y por eso mi finalidad al escribir este libro, siguiento ideas del Eclesiastés y del comentario que hacen los Santos Padres de la Iglesia, es hacer ver a mis lectores la vanidad del mundo, o sea, el apegarnos a las cosas temporales, porque pasarán con el

tiempo como cosas de insignificante valor, y por tanto son dignas de ser estimadas en nada.

Las cosas temporales, las que nos son necesarias, las hemos de usar mientras vivimos en esta vida, pero no apegarnos a ellas, porque todo es transitorio y vano.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora 15 de mayo del 2000

VANIDAD DEL MUNDO
¿Qué es el mundo en que vivimos?

El mundo en sí considerado es bueno, porque Dios lo ha creado; pero con relación a los hombres que lo habitan, podemos decir que no es bueno por cuanto hay hombres malos y perversos, de los cuales Satanás es el príncipe (Jn.12,11).

Para entender bien qué es el mundo, debemos atender a las acepciones que se le dan en la Biblia. Y estas acepciones son tres de las cuales ya he hablado en otro libro al hablar de los peligros del mundo; mas conviene las repitamos al comienzo de éste:

1ª Acepción: Por "mundo" entendemos unas veces el universo (llamado *"cielos y tierra"* (Gén. 1,1), o sea, el conjunto de cosas creadas, y en este sentido nos dice el Evangelio: *"Estaba en el mundo, y por Él fue hecho el mundo"* (Jn. 1,10).

2ª Acepción: Por mundo, otras veces, entendemos todos los hombres redimidos por Cristo. Y en este sentido dice San Juan: "Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que el mundo sea salvo por Él (Jn, 3,16-17).

3ª Acepción: Por mundo entendemos también los hombres malos y perversos de los cuales Satanás es el príncipe, como hemos dicho, o sea, cuanto se opone a Cristo y a su Evangelio; todo criterio, norma, costumbre o ejemplo y los hombres o cosas que las transmitan, que

nos apartan de Dios, enfrían nuestros corazones, debilitan la fe y la esperanza y nos llevan más o menos directamente al pecado. Por eso dice el apóstol *"No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo..."* (1 Jn. 2,15).

San Agustín, a este propósito dice en un sermón sobre la primera carta de San Juan: "¿Tendré que repetiros muchas veces que se entiende por mundo? No es el cielo ni la tierra, ni todo lo demás que Dios, sino los amadores del mundo. Sin duda que repitiendo esto muchas veces, me hago pesado a algunos; sin embargo, mientras hay a quienes pregunto si lo he dicho ya alguna vez, y no me responden, no es inútil repetirlo. ¿Qué es el mundo? El mundo, en el mal sentido de la palabra quiere decir los amadores del mundo; el mundo en sentido bueno, quiere decir el cielo y la tierra y todas obras de Dios que en ellos se contienen".

¿Qué valor tienen las cosas de la tierra?

Todas las cosas existentes en este mundo vienen de Dios, menos el error y el pecado. En la Biblia leemos: *"No digas mi pecado viene de Dios, porque Él no hace lo que detesta. Él ha dado libertad al hombre, pero a nadie da permiso para pecar* " (Eclo.15, 11-25).

De las cosas creadas hemos de usar en tanto en cuanto nos conducen a Dios, si nos apartan de Él, tenemos que dejarlas, y si las hemos dejar forzosamente a la hora de la muerte ¿para qué apegar nuestro corazón a ellas? Vanidad es desear las honras del mundo, y mayor vanidad es amar sus riquezas y deleites. Vanidad es querer

sus bienes transitorios, y vanidad es, por cierto, tener cuenta con los corruptibles haberes de este siglo. Vanidad es andar tras el viento de las alabanzas humanas. "Todo, finalmente, es vanidad, fuera de amar a Dios y servirle como dice Kemps.

San Agustín habla elocuentemente de la vanidad de este mundo al decir: "¿Dónde está hoy el fausto de Nemrod? ¿Dónde el poder de Asuero, que tenía a sus órdenes ciento veinte siete provincias? ¿Qué ha sido de la gloria de Ciro, alcanzada con tantos trabajos? ¿Dónde está el brillante reino de Darío? ¿Dónde están los innumerables ejércitos de Jerjes? ¿Qué ha sido del vasto imperio de Alejandro Magno, del inmenso poder de Pompeyo, de la invencible fortuna de Cesar, y de la gran monarquía de Augusto? ¿En qué han parado los asquerosos deleites de Calígula y cruel fausto de Nerón? Vanidad de vanidades, todo vanidad, todo pasó, todo volvió a la nada.

¿Dónde están el orgullo y maravilloso poder de Semiramis la fatal hermosura de Elena, los excesivos deleites de Cleopatra, la dicha de Libia y los adornos de Agripina? Vanidad de vanidades, todo vanidad.

¿Qué ha sido de la soberbia Babilonia, de la inmensa Menfis, de Cartago, terror del imperio, de tan ilustre Argos, de la bella Corinto, de Roma, la ciudad de los triunfos y reina del universo, y de Jerusalén la santa. Vanidad de las vanidades, todo vanidad.

¿Dónde están los templos más famosos, los palacios más espléndidos y los monumentos más duraderos? Sólo ruinas vemos en todas partes. Vanidad de vanida-

des, y todo vanidad. Renunciemos, pues a todo lo del mundo, y amemos sólo a Dios. Si amáis las cosas del siglo, el siglo os tragará. (S. Agustín. In. Psal.). Todo lo del mundo pasa al olvido...

"Los que lloran por vanidades lloran en vano, dice el mismo San Agustín, y los que se ríen con las vanidades se ríen de su propia desgracia; están en un error, porque se alegran cuando habían de afligirse, y se ríen cuando debían de llorar. Se parecen a los niños que juegan y ríen hasta cuando mueren sus padres (In haec verba Eccles.).

¿Qué nos llevaremos de este mundo al morir?

Nos apegamos demasiado a los honores, a las riquezas y placeres de este mundo, que hemos de dejar a la hora de nuestra muerte.

"El hombre, dice el Eclesiastés, salió desnudo del seno de su madre, y desnudo se volverá, sin llevarse nada de lo que ha conseguido con su trabajo" (5,14) ¡Oh profunda miseria! Se irá como ha venido Y ¿de qué le servirá haber trabajado tanto para el viento? (5,15).

"Mirad, oh hombres miserables, dice San Bernardo, mirad que todo lo que hacéis en este mundo es vanidad, locura y demencia, menos aquello que sólo hacéis en Dios, para Dios y en honor de Dios. Y os gusta el mundo y abandonáis a Dios! El que ama las cosas del mundo, está siempre en la angustia: vivir para el mundo es la muerte; el alma muerta para el mundo es la sola que vivirá. Mientras que vivís en nuestro cuerpo, morid

para el mundo, para que después de la muerte del cuerpo empecéis a vivir para Dios" (Serm. De miseria humana).

El establo de Belén grita, grita el pesebre, gritan las lágrimas de Jesús recién nacido, gritan los pañales, grita la cruz, grita la sangre de Jesucristo. Y ¿por qué claman? ¿qué dicen? Predican la humildad, la pobreza, la penitencia, la austeridad de la vida y el desprecio de las riquezas, de los placeres y de las grandezas del mundo. Esto es lo que Jesucristo no ha cesado de recomendar desde la cuna al Calvario, y no sólo con sus labios, sino principalmente con sus acciones.

Hijos de los hombres, exclama el salmista, *¿hasta cuándo tendréis el corazón pesado? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?* (4,3). Las riquezas del mundo, sus placeres, sus honores, sus promesas son vanidad, nada: despreciadlas, y ambicionad lo único, sólido y digno de desearse. Las riquezas, las pompas, las delicias y la dicha verdadera están en el cielo y en Dios, y no en la tierra y en las criaturas...

¿Qué son los bienes temporales con relación a los eternos?

San Gregorio Magno nos dice: "En comparación de los bienes eternos, todo es vano, hasta los bienes temporales; porque todo lo dichoso, lo agradable, grande y próspero, que hallamos en el siglo, es ciertamente vano, puesto que difícilmente nos lo procuramos, todo lo perdemos enseguida. De repente vienen al suelo todas las

grandezas de este mundo; pasan sus bellezas, y su felicidad y prosperidad se desvanecen. En el momento en que el mundo, rodeado de todas sus glorias, prodiga sus caricias, queda turbado por un repentino accidente, o la muerte rápida se trastorna y le encierra en el sepulcro. Vana, pues, son las alegrías del mundo, pues halagan a los que las aman, prometiendo duración, y sumergen en el desengaño, pasando rápidamente" (Lib. 5).

¿Queremos saber cuáles son las vanidades y falsedades que existen en las cosas creadas, y qué nombre tienen? Son innumerables. Sin embargo hay doce que dominan a todas las demás, y son contrarias a otras tantas verdades y bienes reales que existen en Dios y en el cielo: la primera es la pobreza de toda criatura...; la segunda su inutilidad...; la tercera su insaciabilidad...; la cuarta su corta duración....; la quinta su inestabilidad...; la sexta su falsedad...; la séptima su insensibilidad...; la octava su infidelidad...; la novena la incertidumbre que les acompaña...; la décima su debilidad...; la undécima el disgusto y el vacío que dejan...; la décima su término, la muerte. En un abrir y cerrar de ojos todo acaba, todo desaparece.

Así los enamorados del mundo han recibido su recompensa, dice San Agustín; llenos de vanidad, sólo consiguieron cosas vanas (De civit.)

Este mundo es una comedia, que acabará con un desenlace trágico... Todo en el mundo es tinieblas y sueño; y cuando el gran día de Dios amanezca, todo desaparecerá... "Era una sombra, dice San J. Crisóstomo, y ha pasado; un humo, y se ha disipado; una telaraña, y se ha desgarrado (In Psal.).

El mundo es vanidad y falsedad

He aquí lo que nos dicen algunos Santos Padres de la Iglesia:

San Agustín: "Ponéis vuestra esperanza en el dinero, y os entregáis a la vanidad, ponéis vuestra esperanza en los hombres, y os entregáis a la vanidad; ponéis vuestra esperanza en un poderoso amigo, y os entregáis a la vanidad. Esperando en todo estas cosas, o moriréis, y las dejaréis aquí en la tierra; o bien, si vivís, perecerán, y os veréis burlados en vuestra esperanza. Isaías recuerda esta vanidad diciendo:

"Toda carne es como hierba, y toda gloria como flor de los campos; la hierba se secó, y cayeron las flores" (Lib. Civit).

San Gregorio Nazianceno: "¿Quién soy yo? ¿Dónde estaba antes de nacer? ¿Qué será de mí? El camino de esta vida está sembrado de aflicciones, no hay entre los hombres ningún bien real y sólido; todo está lleno de imperfecciones. Las riquezas son un lazo; el fausto de las grandezas y la pompa de los tronos más encumbrados son cierto sueño. Penoso es vernos obligados a someternos a otro, y la pobreza nos hace esclavos, y la belleza no dura más que un día, y desaparece como el relámpago. La juventud no es nada, la vejez es el triste declive de la vida.

Las palabras pasan y se desvanecen; la gloria es humo; la nobleza es sangre envejecida; la fuerza es un don que también tiene el jabalí; el matrimonio es esclavitud; las plazas públicas son escuelas de los vicios; el reposo es

una señal de debilidad; el trabajo es una pena; parte de los navegantes perecen, y la misma patria puede ser un abismo. En el mundo todo es estorbo, vanidad, indigencia, falsedad.

Todo es temor, alegría, mentira, sombra, rocío, soplo que pasa, curso rápido, vapor que se disipa, ensueño, ola inconstante, navío impelido por el viento, huella que se borra, y polvo.

Ya se levanta, ya siente, vaya, venga, gire, caiga, todo hombre está arrastrado por el tiempo que se escapa; es juguete del día, de la noche, de los trabajos, de los pesares, de las enfermedades, de las calamidades y de la muerte" (De vitae itiner).

San Gregorio Magno: "Mirad que este mundo tan amado huye; mirad que se agosta en sí mismo; y sin embargo florece todavía en nuestros corazones (Homil, 37 In Evang.).

San Ven. Beda: "Todos los amantes del mundo están enamorados de frivolidades" (Collectan.)

Nuevo testimonio de *San Agustín*: "Todas las felicidades del siglo se parecen a los sueños que tenemos cuando dormimos. El que cuenta tesoros en un sueño, se cree rico; pero, al despertar, verá su pobreza; así sucederá a los hombres que se regocijan con las vanidades del siglo. Si no se despiertan ahora, en que les fuera útil el despertar, día vendrá en que se despertarán a pesar suyo. Despertaos, pues, y sacudid el sueño que se ha apoderado de vosotros" (In Ps.131)

Nuevos testimonios de Padres sobre el mundo

San Gregorio Magno: "La vida de este mundo es laboriosa; es más vana que las fábulas, más rápida que un corcel; descansa en la estabilidad, se apoya en la debilidad, y no tiene fuerza alguna. Es una serie de resoluciones inconstantes, de agitaciones sin descanso, y de trabajo sin tregua. ¿Quién es el que no está desgarrado por el dolor, atormentado por los cuidados, y abatido por la zozobra?

Después de la risa vienen las lágrimas, la tristeza acompaña a la alegría, una saciedad penosa y sin encantos sucede al hambre, y después de la saciedad vuelve el hambre. Durante la noche, deseamos el día, durante el día, suspiramos por la noche, si hace frío, quisiéramos tener calor, y si hace calor, pedimos frescura. Apetito y deseo antes de la comida, y después turbación, pesadez y entorpecimiento. La indignación, la ira y una inundación de tiránicas pasiones agitan sin cesar a los hombres" (Lib. 6 Moral.).

San Juan Crisóstomo: "No bajemos al centro del mundo, busquemos, antes bien, el cielo. Mientras las aves se mantienen en los aires, no pueden ser fácilmente cogidas; y mientras el hombre contemple el cielo y se remonte allí, no pueden sus enemigos prenderle fácilmente en sus redes y lazos...

El demonio y el mundo son cazadores; coloquémonos más arriba que ellos, para que no nos detengan ni nos maten. El que se eleva hacia Dios, nada admira en la tierra. Vistas desde lo alto de una montaña, las ciudades y

las casas parecen pequeñas, y los hombres hormigas; y vistas desde lo alto de las cosas divinas, los objetos de la tierra, pierden su falsa grandeza, y parecen pequeñas y despreciables. De ahí es que las riquezas, la gloria, el poder, los honores y las criaturas, todo será mezquino para nosotros" (Hom. 15 ad pop).

San Jerónimo: "¡Oh vanas ocupaciones de los mundanos! ¡Oh! Si colocados en la cumbre de una alta montaña pudiéramos ver la tierra toda a nuestras plantas, yo os mostraría ruinas innumerables, naciones que chocan contra naciones y reinos que se destruyen alternativamente. Veríais a unos hombres atormentados, a otros sentenciados a muerte; a estos sepultados en las ocas, a aquellos amarrados en la esclavitud; aquí bodas y alegría, allá llantos y gemidos; veríais que los unos nacen, y los otros mueren; veríais a los unos colmados de riquezas, y a los otros que mendigan el pan en la más horrible miseria; y veríais que están destinados a morir en un corto espacio de tiempo los poderosos ejércitos y todos los hombres que habitan la tierra y que ahora están llenos de vida" (Epist. III ad Heliod.).

El mundo se halla en un movimiento perpetuo: sus hijos van y vienen, suben y bajan. El trabajo manual, el negocio, los viajes, los pleitos, las acusaciones, las defensas, los juicios, las disputas, los odios, las venganzas, tales son sus ocupaciones. Construyen, derriban, amontonan proyectos sobre proyectos, y en medio de todas estas agitaciones, ninguno de ellos piensa en Dios, ninguno se prepara para la muerte...

Más testimonios de los Santos Padres sobre el mundo

San Agustín: "¿Qué preferís? Amar las cosas temporales y pasar con el tiempo, o despreciar las cosas del mundo y vivir eternamente con Dios?... El amor del mundo conduce a todos los pecados" (Epist. 36).

"Se engaña el que cree conocer la verdad, viviendo en la iniquidad. Vivir en la iniquidad es tener amor al mundo, es tener en mucho precio lo que nace y pasa, es desearlo, trabajar para obtenerlo, alegrarse de tenerlo en abundancia, temer su pérdida y afligirnos cuando se pierde" (De Morib.)

O este mundo se burla de nosotros, o nosotros nos reímos de él; o nos desprecia, o nosotros le despreciamos" (Serm. 55 de Temp).

Creo que se ha comparado el mundo a un molino, porque lo arrebata la rueda del tiempo, y aplasta a los que lo aman" (In Ps.36 c.1).

"Los lazos del mundo nos dan un sufrimiento real y una alegría engañosa, un dolor cierto y un placer incierto, un temor que agobia y un reposo inquieto, plenitud de la miseria y una vana esperanza de dicha. Y estas cadenas son las que admitís para vuestros pies y para vuestras manos. Los bienes temporales que aguardamos, no cesan de inflamar nuestros deseos; los que nos llegan, nos corrompen; los que pasan y se nos escapan, nos atormentan. Si los deseamos, queman; si los poseemos, pierden su precio; si los perdemos, nada queda de ellos" (Epist. 39 al Lice).

"Dos amores han edificado dos ciudades; el amor a Dios, llevado hasta el desprecio propio, construyó la ciudad de Jerusalén; y el amor propio, llevado hasta el desprecio de Dios, edificó la ciudad de Jerusalén" (Lib. 14 de Civit).

"El amor del mundo y el amor de Dios no pueden habitar juntos; así como los mismos ojos no pueden levantarse al mismo tiempo al cielo, y fijarse en la tierra" (Gredu. 7 lib. De12 Abusion).

"Todo el que pertenece a la ciudad del cielo, es extranjero en el mundo; mientras vive en este mundo, está en un país que no es su patria, y donde, entre muchas seducciones y engaños, solo existen algunos pocos que conozcan y amen a Dios" (Sent. 17).

Palabras de la Sagrada Escritura

- *"La religión pura y sin mancha ante Dios, nuestro Padre, consiste en preservarnos de las manchas de este siglo" (Sant. 1,27).*

¿No sabéis que el amor de este mundo es enemigo de Dios? Todo el que quiera ser amigo de este mundo debe necesariamente ser enemigo de Dios. (Sant. 4,4).

No améis el mundo, ni lo que está en el mundo. Si alguien ama el mundo, no está en él, el amor del Padre (1 Jn. 2,15).

Todo el que ha nacido de Dios es vencedor del mundo, y la victoria que triunfa del mundo es nuestra fe (1 Jn., 5,4). El mundo está bajo el imperio del mal (1 Jn. 5,19).

Jesucristo llama al demonio príncipe de este mundo

(Jn. 12,31), y San Pablo le llama "Dios de este siglo" (2 Cor. 4,4). ¡Ay del mundo!, dice Jesucristo (Mt. 18,7)

"La blasfemia, la mentira, el homicidio, el robo, el adulterio, han inundado la tierra, y la sangre se ha mezclado aquí con la sangre (Ps. 4,2).

"Muchas veces os lo he dicho, y ahora os lo repito llorando: Varios son los que andan siendo enemigos de la cruz de Cristo. Su fin es la perdición, su Dios es el vientre; y su gloria es para confusión de ellos, que sólo gustan de lo terreno (Fil. 3,18-19).

Todo lo que hay en el mundo, no es más que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida"(1 Jn. 2,12).

Los ricos del mundo han dormido su sueño, y todos al despertar (en la hora de la muerte), no hallaron nada en sus manos" (Sal. 76,6).

-.No ceséis de seguir a Yahvé y servirle con todo vuestro corazón. No os apartéis de Él, porque será ir tras vanidades, que no os ayudarían, ni os salvarían, porque nada son (1 Sam. 12, 20-21).

-.Apartad, Señor, mis ojos para que no se detengan en la vanidad (Sal. 119,37). Vanidad de vanidades, y todo es vanidad (Ecle.1,2).

Otros testimonios de Santos Padres

Vanidad de vanidades. Si los ricos y los poderosos meditasen esta sentencia, la escribirían en todas las paredes, en sus vestidos, en la plaza pública, en su casa y en las puertas, porque todas las cosas tienen muchos aspectos, y hay muchas falsas apariencias, que engañan

a los que no están alerta. Hemos de inclinarnos pues diariamente delante de este verso; es menester que en las comidas y en las reuniones, cada uno diga al que tenga al lado: "*Vanidad de vanidades, todo es vanidad*" (San Juan Crisóstomo (Paraenet. Ad Eutrop.)

"Amáis la tierra y seréis tierra. Amando a Dios, seréis Dios. Así pues, si queréis ser dioses e hijos del Altísimo, no os aprisionéis por el mundo ni por lo que hay en el mundo" (Tract. 2 in Epist. Jn. San Agustín).

"Si queréis, seréis el cielo. Si queréis ser el cielo, arrojad de vuestro corazón todo lo perteneciente a la tierra. Si no os abandonáis a las codicias de la tierra y no en vano contestáis que habéis levantado vuestro corazón, seréis el cielo. *Si habéis resucitado con Cristo, buscad lo que pertenece a la región superior, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; saboread las cosas del cielo y no las de la tierra.* Habéis, decís, empezado a preferir las cosas del cielo a las de la tierra: en tal caso ¿no os habéis convertido en cielo? Lleváis el peso de vuestro cuerpo; pero vuestro corazón está más alto: sois el cielo, porque vuestra vida estará en el cielo (In Ps. 96-San Agustín).

Despreciemos, despreciemos todo lo que está debajo del cielo, como cosa ligera, engañosa, vana e indigna de nuestro amor" (S. Cipriano. Lib. I de Hab Virg.).

En la región de los muertos no se encuentra más que trabajo, pesar, temor, tribulación, gemidos y suspiros... En el mundo no hay más que días malos, y con Dios todos son buenos (San Agustín. Epist. St. Jacob.).

"Si el mundo os agrada es que queréis vivir siempre

en la impureza; si no os agrada habita en vosotros el que purifica y seréis puros. Pero, si sois puros, no viviréis en el mundo. (S. Agustin. Tract. 38).

Todos los amantes del mundo están enamorados de frivolidades (sVen. Beda. Collectan).

Y este mismo Santo dice: "Hay siete cosas que no se encuentran en el mundo, lo que prueba su pobreza y su nada: La vida sin la muerte, la juventud sin la vejez, la luz sin las tinieblas, la alegría sin la tristeza, la paz sin la discordia, la voluntad sin la resistencia, y un reino sin mudanzas" (Collectan.7).

Entregado el mundo a su perverso juicio, prefiere la turbación a la tranquilidad, lo duro a lo suave, lo penoso a lo fácil, lo que pasa a lo eterno, lo sospechoso a lo seguro (S. Greg. Magno. Lib. Moral).

Todo el mundo está lleno de peligros y de asechanzas: las pasiones excitan, el atractivo de los placeres nos prepara lazos, las ganancias adulan, las pérdidas abaten, y las lenguas son amargas (S. León. Serm. 6 Nativ. Christi).

Feliz el hombre que no anda en pos de los bienes del mundo, bienes que agobian al que los posee, manchan a los que los aman, y su pérdida atormenta (S. Bernardo Epist. 103).

Todo el que pertenece a la ciudad del cielo, es extranjero en el mundo; mientras vive en este mundo, está en un país que no es su patria, y donde, entre muchas seducciones y engaños, sólo existen algunos pocos que conozcan y amen a Dios (Sentent.17), San Agustín).

Consecuencias que hemos de sacar

Consideradas las sentencias de los Santos Padres, hemos de sacar estas consecuencias: Al vernos precisados a vivir en el mundo, debemos considerarnos *como peregrinos y viajeros sobre la tierra* (Heb. 11,13), pues, como dice el apóstol, "*no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna*" (Heb. 13,14). Como no podemos huir del mundo, tenemos que vivir en él, pero sin ser del mundo y usar de las cosas del mundo, pero como si no usáramos de ellas. El mundo es pura apariencia. La vida del mundo es breve. Hay que tener y usar de las cosas del mundo como si no las tuviéramos. San Pablo nos lo dice así:

"Díganos, pues, hermanos que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer, vivan como si no la tuvieran. Los que lloran, como si no llorasen, los que se alegran como si no se alegrasen; los que compran como si no poseyesen. Y los que disfrutan del mundo como si no disfrutasen; porque el aspecto o apariencia de este mundo pasa rápidamente" (1 Cor. 7, 29-31).

Lo que tenemos que hacer, como decía San Agustín, "dejar de poner nuestra esperanza en las cosas que pasan y de amarlas" y a su vez lamentar ya las iniquidades del mundo, ya la precisión de vivir en el mundo, y al ser este mundo un destierro, debemos suspirar por nuestra Patria eterna, el cielo, imitando al pueblo de Dios cuando estaba cautivo y desterrado cerca de los ríos de Babilonia, que decían gimiendo: "*Estamos sentados y hemos llorado acordándonos de Sión. En los*

sauces de sus riberas hemos colgado nuestras arpas. Allí los que nos han hecho cautivos nos han pedido el canto de nuestros himnos. Los que nos han arrastrado al cautiverio, nos han dicho: Cantadnos uno de los cánticos de Sión. ¿Cómo cantaremos los cautivos del Señor en una tierra extraña? ¡Si yo me olvidara de ti, Jerusalén, olvidada sea mi diestra. Péguese mi lengua al paladar si no me acordara de ti" (Sal. 137).

¿Cómo hemos de obrar los cristianos? Pensar que somos ciudadanos del cielo, que la muerte es la puerta de la vida eterna, de ese cielo que Dios nos tiene prometido, si vamos por el camino de sus mandamientos. No hemos, pues, de seguir las máximas, ni la moral, ni los ejemplos del mundo; sino que hemos de seguir en todo la ley de Dios.

Vanidad de las riquezas temporales

San Pablo hablando de las cosas de este mundo dice: *"Todas las tengo por estiércol"* (Fil. 3,8), es decir las tiene por poco valor, y nosotros también debemos tenerlas en poco, porque como temporales, sólo nos sirven para adquirir lo necesario para la vida presente, y *"teniendo con qué comer y vestir, con esto estamos contentos"* (1 Tim. 6,8).

San Jerónimo dice: "No es malo tener riqueza como se hayan adquirido justamente y con tal que se den a Dios las gracias porque las ha dado; pero es malo poner en ellas su confianza, según aquellas palabras del salmo. *Si vienen abundantes las riquezas, no pongáis en ellas el*

corazón. Es permitido tener bienes para la necesidad, pero nunca es lícito poseerlos con apego" (In Ps. 52. Sent. 104).

Lo que sería malo es acaparar las riquezas y juntarlas con avaricia, y esto ya es pecado y vanidad, porque ellas conducen al lujo, a la lujuria y hasta a la idolatría, y por ser corta la vida y no poderlas llevar al morir, sería una locura dejarlas a otros que las despilfarren. ¡Cuántos, como dice el salmista, *amontonan tesoros e ignoran para quien los reúnen*! (39,7) y terminan viniendo a manos de quienes las emplean en placeres mundanos y diversiones...!

"El oro y la plata, dice San Bernardo no son buenos ni malos; su uso es bueno, y su abuso malo" (Serm.4 de Advent.). "Aquel rico del Evangelio, se condenó no por haber tenido riquezas, sino (porque hizo mal uso de ellas), porque había puesto en ellas la esperanza y el corazón y no en Dios" (S. Agustín Ps. 52, sent.71).

"Las riquezas no son un pecado, pero es un pecado no distribuirlas a los pobres y emplearlas mal..." (S. Crisóstomo. Homil. De Avarit.), y este mismo santo dice: Las verdaderas riquezas consisten en desear solamente lo que se necesita para su uso arreglado y expender bien todo cuanto sobra y excede este uso" (Homil. 75. Gen. Sent. 106).

La posesión de las riquezas temporales son un estorbo para alcanzar las celestiales. Es difícil que los ricos se salven, dado su apego a ellas. *"Los que quieren ser ricos caen en el lazo del demonio y en muchos deseos inútiles y dañosos*" (1 Tim. 6,9). *"El que no renunciare*

a las cosas que posee, dijo Jesucristo, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14,36).

He aquí unos nuevos testimonios de los Santos Padres:

"Si buscáis tesoros, buscad los que son invisibles y están ocultos: los encontraréis en el cielo y no en las venas de la tierra. Sed pobres de espíritu, humildes y seréis ricos; porque la vida verdadera y opulenta para el hombre no está en la abundancia de los bienes de la tierra, sino en la virtud y en la fe. Estas riquezas os harán verdaderamente ricos. Seréis riquísimos, si sois ricos a los ojos de Dios" (S. Ambrosio, de abel et cain. Lib. I, c.5).

"Las riquezas encerradas son leones; pero si las sacáis a la luz del día y las arrojáis a manos llenas en el seno de la miseria, pierden su carácter de fieras, y se convierten en corderos; cesan de ser para vosotros una causa de naufragio y son el puerto y la tranquilidad" (S. Crisóstomo. Anton in Melisa. p.I, c.31).

"El pan que guardas es del hambriento; los vestidos que encierras en tus cofres son de los desheredados, los zapatos que se pudren en tu casa, son de los descalzos". (Estas palabras son de San Basilio, quien comentando el dicho del necio que iba a construir nuevos graneros, comenta: "¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: estos graneros son el estómago de los pobres hambrientos" (Homil.in "Destruam.horrea).

Vanidad de los que atesoran en el mundo

Jesucristo dice: *"No queráis atesorar en la tierra,*

conde el orín y la carcoma gastan y consumen y los ladrones minan y roban (Mt. 6,19).

El célebre padre franciscano Fray Diego de Estella hace el siguiente comentario, muy elocuente, a las anteriores palabras:

Loco es el que habiendo de pasar por un bosque donde hay ladrones que roban y matan a los que pasan, quiere ir cargado de dinero pudiendo en-viarlos seguramente a su casa por otra vía. Pues como la muerte sea un paso donde los ricos han de ser despojados de todo cuanto poseen, vanos son en querer atesorar aquí y no enviar sus dineros por mano de los pobres al cielo, que es lugar seguro y verdadera tierra nuestra, para la cual fuimos creados. Los son los que en esta vida viven miserablemente por dejar tesoros que después pródigamente despreciarán los que no saben.

El Sabio dice: "*Considerando vi otra vanidad debajo del sol. No cesa de trabajar, y sus ojos no se hartan de riquezas, y no es para pensar diciendo: ¿Para quién trabajo y privo a mi vida de bienes?* (Ecl. 4,7-8). Esta es grande locura y vanidad, que te des mala vida por juntar tesoros sin saber para quién.

Si tan amigo eres de atesorar, mira lo que dice el Señor: "*Atesorad tesoros en el cielo*". Mira la bondad de tu Creador. No quita el afecto, pero muda el fin. Si eres amigo de atesorar, no dice que no atesores, sino que atesores en lugar tan seguro como es el cielo.

El que atesora quiere poner su tesoro en lugar seguro, donde no sea robado. Por eso dice el Señor que atesores en el cielo, donde no llegan las manos de los ladrones.

Demostrando el lugar donde has de atesorar, enseña el modo cómo has de atesorar, que es dando tu hacienda a los pobres... Grande es el tesoro que juntas en el cielo, repartiendo con los que tienen necesidad estos bienes de la tierra.... Vanidad, pues, es hacer tesoros y juntar dineros en esta vida, habiendo pobres a quienes puedes hacer bien.

Atesora en el cielo *haciendo amigos con estas riquezas de maldad* (Lc. 16,9) para que después de muerto *seas recibido en las moradas del cielo,* donde para siempre goces de verdaderas riquezas y vivas y reines en perpetuo descanso.

Vanidad de los placeres y gozos mundanos

Viviendo entre las tinieblas de este mundo miserable, vanos son los que gozan y pasan la vida en deleites y falsas alegrías del mundo.

Los que nacen y se crían siervos, abrazan la servidumbre como si fuese libertad, y los que nacen en tinieblas tienen por luz a la obscuridad. Nosotros, cuando nos entregamos a los placeres mundanos, vivimos como ignorantes y miserables, y esto sucede porque sabemos poco y alcanzamos menos de las cosas espirituales y eternas.

Si tuviéramos ojos para ver y conocer el peligro en que vivimos, y el estado en que los vicios nos ponen, no nos gozaríamos ni andaríamos jugando y holgando entre tinieblas.

San Gregorio Magno nos dice: "Entre los placeres

espirituales y los corporales, hay la diferencia de que los segundos, mientras no se tienen, inspiran el alma un fuerte deseo de poseerlos; mas cuando alcanzados, se los saborea, producen luego hastío por su saciedad. Los placeres espirituales, por el contrario, cuando no se experimentan, causan fastidio; pero cuando se poseen producen deseo; y tanto más hambre tienen de ellos el que los gusta cuanto más los gusta el que los desea...." (Homil.in. Evang. Lc. 14).

"El placer pasa, y lo que atormenta y desgarra, no pasa. En vez de espiritualizar su cuerpo, el hombre impuro materializa su alma" (S. Agustín in. Lib. Cinfes. Y lib. De Morib.).

El libro del Eclesiastés que quiere desengañarnos de los bienes y placeres de este mundo y encaminarnos al Creador *antes de que el polvo (=cuerpo) vuelva a la tierra y el espíritu (=alma) vuele a Dios que le dio el ser,* nos pone delante esta lección:

"Dije yo en mi corazón: Iré a bañarme en delicias, y a gozar de los bienes presentes; mandé hacer magníficas obras, me edifiqué casas de placer, con viña, huertos, vergeles, estanques de agua, amontoné plata y oro, poseí esclavos y esclavas en gran número... Allí se encontraba "cuanto sirve de deleite a los hijos de los hombres"... Nunca negué a mis ojos nada de cuanto desearon; ni vedé a mi corazón el que gozase de toda clase de deleites"....

Y la consecuencia que él saca de toda su fiebre de placeres es que *"todo es vanidad y aflicción de espíritu"*... por ser vanos los placeres.

Vanidad de los honores mundanos

Si eres amigo de honra, sé amigo de Dios, pues sólo el que está a bien con Él alcanza la honra verdadera. Vanidad es buscar la honra del siglo presente. Con grande trabajo se alcanza, mucho cuesta sustentarla, y presto se acaba. La honra que los santos tienen así en el cielo como en la tierra, no la alcanzaron procurándola, sino huyendo de ella. Veamos lo que nos dicen algunos Santos Padres.

San Agustín: Vuestros honores y elogios nos agobian antes de aliviarnos, y nos arrojan al peligro; los toleramos y nos hacen temblar... A los honores les toca buscaros, y no debéis vosotros correr tras ellos. Vosotros debéis huirles (Serm. 52 de verbis Dni. Y Homil. 50).

San Juan Crisóstomo: "Una reputación duradera y el honor no se adquieren por medio de grandes monumentos, de columnas y de títulos, sino con virtudes heróicas, y principalmente con la caridad y la limosna; porque todo esto es vano y caduco, las virtudes son algo verdadero y estable" (Homil. In Gén.).

San Anselmo: "Los que desean honores de este mundo, obran como los niños que persiguen una mariposa; porque cuando las mariposas vuelan, nunca siguen una línea recta, sino que se agitan en diversos sentidos, y cuando parece que se van a posar, no se detienen. Os niños que las persiguen, cuando quieren cogerlas, corren tras ellas, y fijando más su vista en las mariposas que en el suelo, caen muchas veces.

Y cuando se acercan con cautela, y están a punto de

cogerlas, las mariposas escapan volando, y si consiguen prenderlas, se alegran de una cosa de nada, como si hubiesen conseguido un bien precioso. Así obran los que codician los honores del mundo; porque los honores no siguen nunca un camino fijo, sino que muchas veces se apartan, se escapan y pasan de uno a otro. Y aún suponiendo que pudiéramos conseguirlos, ¿qué queda entonces en las manos y en el corazón?" (Lib. de Silil.).

San Isidoro: "Esfuérzate por merecer elogios, ten buen testimonio, conserva tu buena reputación; no la empañe ninguna mancha, no la afecte nada bochornoso (Sinonym. 2,41). Huye de la vanidad...

¿Qué puede hacernos despreciar las vanidades del mundo?

Lo que puede hacernos despreciar las vanidades del mundo es la memoria de la muerte. Dice el Sabio: "*Si el hombre viviese muchos años y en todos ellos gozase de alegría, piense en los días de tinieblas, que serán muchos, y que cuanto sucede es vanidad*" (Ecl.11,5).

En estas palabras nos enseña claramente la divina Sabiduría, como la memoria de la muerte descubre ser vanidad todos los placeres de esta vida.

Si pusieses delante de tus ojos aquella pobre mortaja en que has de ser envuelto y metido en la sepultura, fácilmente despreciarás las riquezas del mundo. Si te acordares cómo has de ser cubierto con tierra y pisado y olvidado para siempre, tendrás en poco las honras y

estados de este siglo. Si trajeres en tu memoria los viles gusanos que han de comer ese tu cuerpo y cuán feo y abominable has de estar en el sepulcro, aborrecerás de corazón los deleites y regalos presentes.

Porque andas olvidado de estas cosas en que por ventura te verás mañana, amas estas vanidades y engaños manifiestos del mundo. Muy cerca está el día en que te llamará la muerte y darán contigo en la sepultura, y entonces ¡qué será de todas estas niñerías en que ahora te ocupas? ¿Qué aprovechará en aquella hora ser rico ni grande, ni poderoso? Sólo serás dejado, entregado a la muerte y a la corrupción y gusanos. Ciego eres si no ves esto, y criatura irracional e insensible. Pues si lo eres, ¿cómo andas tan olvidado de Dios y de la muerte y tan metido en el mundo? No te olvides de lo que siempre deberías traer en tu memoria. Fácilmente desprecia estas vanidades el que se acuerda que ha de morir. (Ved "Vanidad del Mundo". Fray Diego de Estella).

¿Deseamos vivir mucho tiempo?

¿No será vanidad desear vivir muchos años? Todos nos apegamos a esta vida y por eso deseamos vivir mucho tiempo; pero será vanidad si no vivimos conforme a la ley de Dios. Dicho padre franciscano Fray Diego de Estella, nos hace esta reflexión, que me apropio al poner fin a este libro:

¿Por qué deseamos vivir mucho tiempo en esta vida, pues cuanto más viviéramos en ella, tanto más pecamos, y cuanto es más larga, tanto el número de las cul-

pas es más grande? Cada día crecen los males, y se nos quitan los bienes. ¿Quién podrá decir cuántos males hacemos, y cuántos bienes dejamos por el discurso de la vida? Entramos en esta vida con dolor, vivimos con trabajo, y saldremos de ella con temor.

Desaprovechadamente vive en esta vida el que no se da prisa a juntar merecimientos con que viva en la vida eterna. Aquella vida debes amar donde "hay vida sin muerte, juventud sin vejez, gozo sin tristeza, paz sin discordia, voluntad sin injuria y luz sin tinieblas" (S. Agustín).

No quieras larga vida, sino buena vida; porque mejor es la buena conciencia que todos los tesoros del mundo: ¿Por qué miras tanto por tu salud y te regalas y curas? ¿Por qué eres tan solícito en lo que toca a tu persona? Dirás que por vivir mucho. Pues tan amigo eres de vivir mucho, ¿por qué no haces por vivir para siempre? Si bueno es vivir muchos años, mejor es vivir infinitos años.

Maravillosa cosa es que, deseando tanto la larga vida, desees tan poco la vida eterna; y trabajando tanto por vivir mucho, hagas tan poco por vivir para siempre. Quieres vivir mucho, y no quieres vivir nada. Por más que quieras vivir, no vivirás mucho tiempo. Mañana acabarás la vida, y morirás eternamente, porque procuraste de vivir a ti mismo y no vivir a Dios. ¿Quieres larga vida? Vive de tal manera que vivas después vida perpetua.

Cristo nuestro Redentor a uno que le preguntó lo que haría para alcanzar la vida eterna, le respondió dicien-

do: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos* (Mt. 19,17). Abso-lutamente dijo: *Si quieres entrar en la vida,* sin decir vida eterna, porque por este nombre, *vida*, sin más añadir, se entiende la vida eterna, la cual sola es verdadera vida.

Y termino este pequeño trabajo con el pensamiento: ¿Qué diferencia hay entre vivir en la tierra y vivir en el cielo? Aquí vivimos como en una choza o casa llena de goteras, en el cielo viviremos como en un palacio, lleno de comodidades, sin lágrimas ni dolores.

Aspiremos a la vida eterna. *"Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna"* (1 Jn. 2,25).

INDICE

PRESENTACION 3
VANIDAD DEL MUNDO 5
¿Qué es el mundo en que vivimos? 5
¿Qué valor tienen las cosas de la tierra? 6
¿Qué nos llevaremos del mundo al morir? 8
¿Qué son los bienes temporales con relación a los eternos? 9
El mundo es vanidad y falsedad 11
Nuevos testimonios de Padres sobre el mundo 13
Más testimonios de los Santos Padres sobre el mundo 15
Palabras de la Sagrada Escritura 16
Otros testimonios de Santos Padres 17
Consecuencias que hemos de sacar 20
Vanidad de las riquezas temporales 21
Vanidad de los que atesoran en el mundo 23
Vanidad de los placeres y gozos mundanos 25
Vanidad de los honores mundanos 27
¿Qué puede hacernos despreciar las vanidades del mundo? 28
¿Deseamos vivir mucho tiempo? 29